

Conexiones humanísticas

por Javier Guillamón Buendía

(alumno del Grado en Educación Primaria en la UCAM).

La belleza, el olor y la sombra de la muerte: una lectura sensorial de *La muerte en Venecia*.

El Real Casino de Murcia acogió el pasado viernes 14 de noviembre uno de los actos centrales del Día de las Humanidades 2025, organizado por el Comité de Humanidades de la SEORL-CCC. Una jornada que, bajo el eje temático de los cinco sentidos, buscaba tender puentes entre la sensibilidad artística y la mirada científica. En este marco, la novela *La muerte en Venecia*, de Thomas Mann, se convirtió en una herramienta privilegiada para reflexionar sobre cómo percibimos la belleza, el temor, la decadencia y, sobre todo, aquello que el olor nos advierte antes de que sepamos incluso nombrarlo.

La conferencia estuvo a cargo de Consuelo Mengual Bernal, doctora en Literatura por la Universidad de Murcia, y Antonio Candeloro, profesor de Literatura en la UCAM y presidente de la Società Dante Alighieri en Murcia. Ambos propusieron un análisis conjunto, abierto y participativo, en el que los asistentes fueron invitados a intervenir, cuestionar y reconstruir el significado de esta breve pero complejísima obra maestra publicada en 1912.

El universo literario: donde los sentidos dialogan

Candeloro subrayó en su introducción que Thomas Mann es uno de los grandes escritores-pensadores del siglo XX, capaz de unir literatura, música, historia y filosofía y psicología *freudiana* en una sola voz narrativa. *La muerte en Venecia* es, recordó, un ejemplo perfecto de sinestesia literaria: una obra donde la palabra convoca simultáneamente vista, tacto, sonido, sabor y, de manera muy especial, olor.

Ese énfasis en el olfato (tan oportuno y recurrente en una jornada dedicada a los órganos de los sentidos) se manifestó en la descripción insistente del hedor de las aguas venecianas, un olor que anuncia la epidemia de cólera antes incluso de que el protagonista, Gustav von Aschenbach, acepte la verdad. El olor es advertencia, amenaza y anticipación; y es también, como señalaban los ponentes, lo que puede separar al protagonista del joven

Tadzio: si el cólera se extiende, la familia del muchacho podría abandonar la ciudad, y con ello desaparecer la fuente de la obsesión que lo sostiene y, también, lo pierde.

Belleza y enfermedad: ¿disonancia o simetría?

Mengual invitó a mirar la novela como un diálogo constante entre belleza y decadencia, dos fuerzas que Mann, lejos de tratar de diferenciarlas o de alejarlas entre sí, las marida con exquisito gusto y precisión hasta obtener un ungüento peligrosamente adictivo. Venecia es, sin lugar a duda, el mejor símbolo posible: esplendor artístico enfrentado a canales estancados, majestuosas fachadas que se deshacen en silencio por culpa de la humedad, y una ciudad que sostiene miles de turistas cada día sobre unos pilares carcomidos y tambaleantes. En definitiva, una curiosa (e inesperadamente) bien avenida relación entre arte y muerte.

La belleza de Tadzio (presentada casi como la más perfecta de las esculturas clásicas) arrastra a Aschenbach hacia una degradación física y moral que la novela describe con precisión quirúrgica. Como apuntaron algunos asistentes, la mirada del protagonista cosifica al muchacho, lo reduce a un ideal estético que termina dominando su voluntad. La belleza, cuando se absolutiza, se vuelve tremendamente turbia.

El silencio, el tiempo y la verdad

Uno de los elementos más comentados fue la importancia del silencio: Tadzio nunca habla. Venecia, tampoco. Solo hablan sus síntomas, sus presagios y sus olores. Ese vacío obliga al lector a completar lo que la novela sugiere sin nombrar, y multiplica las interpretaciones posibles.

El tiempo también tiene un enorme peso: Aschenbach, un escritor disciplinado, se enfrenta a su fragilidad, a la vejez que avanza rauda y despiadada, y al deseo de conservar una juventud que, como si de fina arena se tratara, se le escapa entre las manos. El gesto final (el maquillaje grotesco, el tinte y esa juventud impostada) convierte el afán por alcanzar la belleza en sinónimo de degradación y angustia.

Mengual conectó con el público con una pregunta que hizo accionar la máquina del tiempo y trasladar al respetable a mayo de 2020 con la propia experiencia de la pandemia:

¿Qué sucede cuando se esconde la verdad sobre la enfermedad?

El silencio sepulcral ante el cólera en la novela resuena con una vigencia que estremece: lo que no se nombra, se posa, fermenta y se agiganta en la sombra para acabar engulléndonos.

Un cierre con olor a infinito

En la escena final, Tadzio alza el brazo mirando al horizonte. Aschenbach muere contemplándolo, vencido no solo por la enfermedad, sino por la imposibilidad de separar belleza y destrucción.

El encuentro concluyó recordando que esta lectura sensorial de *La muerte en Venecia* es, en realidad, una invitación a pensar qué lugar ocupan los sentidos en nuestra forma de entender el arte, la vida y la fragilidad humana. En una jornada dedicada a las Humanidades, Thomas Mann, gracias a la sensibilidad y buen hacer de los ponentes, volvió a demostrar que la literatura, cuando se la escucha con todos los sentidos despiertos y dispuestos, trasciende el paso del tiempo y se convierte en un manual inmejorable y sin parangón para interpretar el hoy.